

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO III

TEGUCIGALPA: 1.º DE OCTUBRE DE 1968

NUM. 46

Imagen agreste

RECUERDO con insólito goce la ruda aspereza de una canción bárbara que oí, en una tarde remota, en el patio de una choza india, perdida en el corazón de una montaña.

La cantó con palabras coloridas y ademanes raros, una pequeña salvaje adolescente, hembra fresca y sana, olorosa á mieles y rosas silvestres. Vestía una clara camisa rústica, de un escote primitivo, que dejaba desnudos los senos nacientes. Una corta enagua de género burdo cubrirla escasamente hasta las rodillas, y las piernas morenas eran de una redondez perfecta...

Llegué al bohío extraviado tras un largo galopar por las verdes cañadas y los altos pajonales. Al desmontar, la gente rústica me obsequió con un vaso de espesa leche y con la ingénuo alegría de sus simples corazones.

Luego, bajo las últimas llamaradas del poniente, la muchacha bailó ante mí una danza voluptuosa y mágica. Inmóvil de asombro, la ví comenzar su baile, único y admirable, y suyo nada más. Sus brazos, su cabeza, sus hombros, su cintura, toda ella empezó á moverse de una manera cadenciosa y suave y lánguida y lasciva; las amplias curvas de su cuerpo felino mostraron á mis ojos los divinos tesoros de su potente juventud. Ergúase alta y leve como un tallo de junco; hacíase pequeña é infantil; balanceábase como una frágil rama de sauce; mecíase con los párpados cerrados, y con la roja boca entreabierta; y cálida y ebria con su propio aroma, giraba en actitudes *harmoniosas en un continuo vértigo carnal*. El menor de sus ademanes semejava una caricia; y á cada

ténue movimiento exhalábase de su carne un fuerte perfume pecaminoso. Era embriagadora como el licor extraído de las piñas de sus montañas, así, danzando, bajo la llama de sangre del crepúsculo, en medio del vasto hálito de la fecunda tierra, oyendo el agudo cantar de las cigarras y el susurro lejano del viento desgrefiando las pesadas cabelleras de los árboles!

Obedecía, indudablemente, á la ley de un ritmo secreto, aquella muchacha campesina, en su enervante baile, incitador de rojos anhelos. ¿En dónde aprendió á hacer de su cuerpo una cadencia y un imán poderoso para el deseo? ¿Ante la mirada de qué toseo jayán abrióse por vez primera la flor maravillosa de su gracia?

Abismábame en estas ideas, cuando la danzadora quedóse inmóvil algunos instantes. Después con los brazos en alto y en los ojos una luz sombría, entonó una canción, que vibró en el aire sereno y repitieron los ecos, á la distancia! Canto de las cumbres, de las aves salvajes y de los roncós huracanés; y también, á veces; dulce canción de melancolía, aguda como un puñal ó monótona como un lamento; pero de un encanto prodigioso para el alma soñadora...

Bajo la obsesión alucinante de aquel cántico, soñé largamente con una vieja raza heroica, del que fuera el himno de guerra. E impregnado mi espíritu con el misterio y la tristeza de las cosas que me rodeaban, evocó la poesía de los siglos muertos.

El último parpadeo del sol iluminó á la hermosa. Sus grandes ojos húmedos me miraban en silencio, extraordinariamente.

FROILAN TURCIOS

Óz extraña

Voz dulcísima y extraña,
que murmura extrañas cosas,
por los sueños de la virgen ignoradas.....
que penetra en sus oídos, suavemente,
como una caricia musical y vaga;
como una armonía
que se enredará en sus trenzas blondas y largas
y á través del oro crespo
de la trenza, en sus oídos resonará.

Desfallece
como un crepúsculo el eco de las palabras.

Blanco y rosa
es tu cuerpo armonioso ¡oh virgen blanca!
Cruzan por él, temblorosas y sutiles,
sierpes azuladas.
En las nacientes colinas
sobre la nieve, botones de seda se alzan,
y hay alburas
de cisnes en tu garganta.
¿Por qué no juegan Amores y Deseos
con los botones de rosa que sobre tu seno se alzan?
¿Por qué los besos
no corren sobre tu cuerpo por tus venas azuladas?

Desfallece
como un crepúsculo el eco de las palabras.

En tus labios hay caricias
moribundas como una larga esperanza;
en tus ojos hay ensueños
que velan la azul aurora de tu mirada.
A tu oído
suspirantes voces hablan,
como murmullo de olas
lejanas.
¿Por qué la abeja no busca
la miel que tus labios entreabiertos guardan?
¿Por qué no junta tu Ensueño
con otro Ensueño sus alas?

Desfallece
como un crepúsculo el eco de las palabras.

La sangre en las rosas
no dura siempre y las rosas se apagan.
Dibuja junto á los labios
un surco la risa amarga;
los ojos y las mejillas
son camino de las lágrimas.
En tu cuerpo
donde el triunfo de la curva la suma belleza exalta,
pondrá el invierno sus hielos
mañana.
¡Oh, el calor de las caricias!
¡Oh, los besos!

Desfallece
como un crepúsculo el eco de las palabras.

RICARDO JAIMES FREYRE

El Águila y la Paloma

EN águila muy joven acababa de re-
montar su vuelo largándose con su
presa hacia las regiones del aire. La fie-
cha del cazador la hiere y la corta en el
ala derecha. Caen en un bosque de mir-
tos. Durante tres días eternos devora su
dolor; durante tres largas noches sufre la
tremenda herida, hasta que por fin el bál-
samo de la naturaleza la cura. Enton-
ces se arrastra hacia fuera del bosque,
agita el ala.....pero ¡ay! el nervio estaba
cortado: apenas puede levantarla para co-
ger una presa indignada de su rango. Se
posa tristemente sobre una roca á la ori-
lla de un arroyo, contempla la copa de
las encinas y la bóveda del cielo, y una
lágrima se desprende de sus ojos.

En este momento llegan por entre las
ramas de los mirtos un par de palomas
que revolotean y ruedan sobre la arena de
oro las ondas del arroyo; corriendo de un
lado á otro, ven á la pobre enferma. Una
de ellas se acerca, y, mirándola con dul-
zura, la dice:

—Estás triste, vuelve á tu alegría.....
¿No tienes aquí todo lo necesario para
disfrutar de una apacible dicha? ¿No te
regocija ver esas verdes ramas que te pro-
tegen contra el ardor del sol? ¿No te gusta
respirar por la tarde, sobre el flore-
ciente musgo, y junto al agua? Aquí ha-
llarás el fresco rocío de las flores; las zar-
zas de las selvas te darán alimento delica-
do y este brillante manantial mitigará tu
sed. ¡Oh amiga mía! La verdadera dicha
consiste en saber contentarse con poco, y
ese poco se encuentra en todas partes.

—¡Oh sabia filosofía!—dijo el águila,
bajando la cabeza. ¡Oh sabia filosofía!
¡Hablas como una paloma!

JOHANN WOLFGANG GOETHE

Prefacio

De AFRODITA

Las ruinas mismas del mundo griego nos enseñan de qué modo, en nuestro mundo moderno, podría hacérsenos soportable la vida.

RICARDO WAGNER.

El erudito Pródikos de Kéos, que florecía á fines del siglo V, antes de nuestra era, es el autor del célebre apólogo que San Basilio recomendaba en las meditaciones cristianas: *Heraklés entre la Virtud y la Voluptuosidad*. Sabemos que Heraklés optó por la primera; lo que le permitió consumir cierto número de grandes crímenes, contra las Ciervas, las Amazonas, las Manzanas de Oro y los Gigantes.

Si Pródikos se hubiera limitado á esto, no habría escrito más que una fábula de un simbolismo bastante fácil; pero era buen filósofo, y su colección de cuentos, *Las Horas*, dividida en tres partes, presentaba las verdades morales en los tres aspectos que requieren, según las tres edades de la vida. Se complacía en proponer á los niños como ejemplo la elección austera de Heraklés; sin duda que narraba á los jóvenes la preferencia voluptuosa de Paris, y presumo que diría poco más ó menos á los hombres maduros:

—Odysseús andaba cierto día cazando en la falda de las montañas de Delfos, cuando encontró en su senda á dos doncellas cogidas de la mano. Tenía la una cabellos de violetas, ojos transparentes y labios graves; y le dijo: “Yo soy Areté.” La otra tenía débiles párpados, manos delicadas y senos tiernos; y le dijo: “Yo soy Tryphé.” Y ambas agregaron: “Elige entre nosotras.” Pero el sutil Odysseús repuso sabiamente: “¿Cómo podría elegir? Sois inseparables. Los ojos que han visto pasará una de vosotras sin la otra, no han sorprendido sino una sombra estéril. Así como la virtud sincera no se priva de los goces eternos que la voluptuosidad le depara, así la molicie vendría mal sin cierta grandeza de alma. Os seguiré á las dos; mostradme el camino.”—

No bien hubo acabado, confundióse las dos visiones, y conoció Odysseús que había estado hablando con la grande diosa Afrodita.

El personaje femenino que ocupa el primer lugar en la novela que va á hojearse, es una cortesana antigua; pero tranquilízate, lector: no se convertirá.

No será amada por ningún santo, ni por ningún profeta, ni por ningún Dios. En la literatura actual, es una originalidad.

Será cortesana con la franqueza, el ardor y aun la altivez de todo ser humano que siente vocación para ello y que ocupa en la sociedad un puesto libremente escogido; tendrá la ambición de elevarse al pináculo, y ni siquiera imaginara que su vida haya necesidad de excusa ó misterio, lo cual demanda explicación.

Hasta ahora, los escritores modernos que se han dirigido á un público menos avisado que el de las jóvenes y los jóvenes normalistas, se han valido de esta estratagemas penosa cuya hipocresía me repugna: “He pintado la voluptuosidad tal cual es, dicen, á fin de exaltar la virtud.” A la cabeza de una novela, cuya intriga se desarrolla en Alejandría, me niego absolutamente á cometer semejante anacronismo.

Para los griegos, el amor con todas sus consecuencias era el sentimiento más virtuoso y más fecundo en grandezas. Jamás le asociaron las ideas de indecencia y deshonestidad que con la doctrina cristiana introdujo la tradición israelita entre nosotros. Herodoto (1,10) nos dice con toda naturalidad: “En algunos pueblos bárbaros, es un oprobio aparecer desnudo.” Cuando los griegos ó los latinos querían ultrajar al hombre que frecuentaba á las hijas de la alegría, llamábanle *moichus*, lo que no significa más que adúltero. El hombre y la mujer, sin estar ligados por ningún lazo, se unían, en cualquier sitio y á cualquiera edad que fuese eran considerados como inofensivos y dejados en plena libertad.

Ya se comprende, pues, que no podríamos juzgar la vida de los antiguos según las ideas morales que al presente nos llegan de Ginebra,

Por mi parte, he escrito este libro con la misma sencillez que hubiera empleado un ateniense al relatar las mismas aventuras, y desearía que con igual intención fuese leído.

De juzgar á los antiguos griegos conforme á las ideas hoy aceptadas, *ninguna* traducción exacta de sus grandes escritores podría dejarse en manos de un colegial de segunda. Si Mounet-Sully representase su papel de Edipo sin supresiones, la representación fuera suspendida por la policía. Si Leconte de Lisle no hubiera expurgado, por prudencia, á Theókritos, el mismo día de salir á la venta, hubiéranle recogido su versión. ¿Se tiene á Aristophanes por excepcional? Pero si poseemos fragmentos importantes de mil cuatrocientas cuarenta comedias, debidas á otros ciento treinta y dos poetas griegos, de los que algunos, tales como Alexis, Philétairos, Strattis, Euboúle, Kratinos, hánnos dejado versos admirables, y nadie se atreve todavía á traducir esta colección impúdica y encantadora.

Se cita siempre, con la mira de defender las costumbres griegas, la enseñanza de algunos filósofos que reprendían los placeres sensuales. Cométese con ello una confusión. Estos raros moralistas reprobaban indistintamente los excesos en todos sentidos, sin que para ellos hubiese diferencia entre la lujuria y la glotonería. Aquel, por ejemplo, que pide hoy para sí sólo una comida de á seis lises en un restaurant de París, hubiera sido para ellos tan culpable, y no menos, como tal otro que diese en plena calle una cita demasiado íntima y á quien, por este hecho, condenaran las leyes vigentes á un año de prisión.—Por lo demás, á estos filósofos austeros, mirábalos generalmente la sociedad antigua como locos enfermos y peligrosos: de ellos se mofaban en todas las escenas; los molían á golpes en la calle; los tiranos los convertían en bufones de su corte, y los ciudadanos libres los desterraban cuando no los creían dignos de sufrir la pena capital.

Por consciente y voluntaria superchería, pues, los educadores modernos, desde el Renacimiento hasta la hora actual, han representado la moral antigua como inspiradora de sus estrechas virtudes. Si

esta moral fué grande, si merece en efecto tomarse por modelo y ser obedecida, es precisamente porque ninguna ha sabido distinguir lo justo de lo injusto de acuerdo con un criterio de belleza, proclamar el derecho que todo el mundo tiene de buscar la felicidad individual dentro de los límites á que le reduce el derecho semejante de otro, y declarar que nada hay más sagrado bajo el sol que el amor físico, ni nada más hermoso que el cuerpo humano.

Tal era la moral del pueblo que edificó la Acrópolis; y si agregó que tal ha seguido siendo la de todos los grandes espíritus, no haré sino repetir una verdad vulgar, tan probado está que las inteligencias superiores de artistas, escritores, guerreros ú hombres de estado jamás han tenido por ilícita su majestuosa tolerancia. Aristóteles penetra en la vida disipando su patrimonio con mujeres perdidas; Sapphó da su nombre á un vicio especial; César es el *mæchus calvus*;—mas tampoco vemos á Racine guardarse de las chicas de teatro, ni á Napoleón practicar la abstinencia. Las novelas de Mirabeau, los versos griegos de Chenier, la correspondencia de Diderot y los opúsculos de Montesquieu igualan en osadía á la obra misma de Catalo. Y si se quiere saber con qué máxima el más austero, el más santo, el más laborioso de los autores franceses, Buffón, entendía aconsejar las intrigas sentimentales, hela aquí: “¿Amor! ¿por qué constituyes el estado feliz de todos los seres y la desgracia del hombre?—Es que no hay en esta pasión nada que sea bueno *más que lo físico*, y que lo moral no vale nada.”

* * *

¿De dónde proviene esto? ¿Cómo es que á través del trastornamiento de las ideas antiguas, la gran sensualidad griega ha sobrevivido como una aureola sobre las frentes más culminantes?

Es que la sensualidad entraña la condición misteriosa, pero necesaria y creadora, del desenvolvimiento intelectual. Los que no han sentido hasta más no poder los apetitos de la carne, sea para amarlos ó para maldecirlos, son incapaces por lo mismo de comprender todo el

alcance de las necesidades del espíritu. De igual modo que la belleza del alma ilumina todo un semblante, así la virilidad del cuerpo fecunda el cerebro. El peor insulto que Delacroix pudo dirigir á humanos seres, el que lanzaba indistintamente á los beñadores de Rubens y á los detractores de Ingres, era esta terrible palabra: ¡eunucos!

Mas todavía: parecé que el genio de los pueblos como el de los individuos, consiste en ser sensual antes que todo. Cuantas ciudades han reinado en el mundo, Babilonia, Alejandría, Atenas, Roma, Venecia, París, han sido, por ley general, tanto más licenciosas cuanto más poderosas, como si para su esplendor fuese necesaria la disolución. Las ciudades en que el legislador ha pretendido implantar una virtud artificial, estrecha é improductiva, se han visto condenadas á tal muerte desde su primer día. Tal pasó con Lacedemonia, que, en medio del más prodigioso impulso que haya jamás encumbrado al alma humana, entre Corinto y Alejandría, entre Siracusa y Mileto, no nos ha dejado ni un poeta, ni un pintor, ni un filósofo, ni un historiador, ni un sabio, sino apenas el renombre popular de una especie de Bobillot que se hizo matar con trescientos hombres en un desfiladero de montañas sin siquiera vencer. Y débese á esto el que después de dos mil años, midiendo la infinita pequeñez de la virtud esparciata, podamos, según la exhortación de Renán, "maldecir el suelo donde fué esta maestra de errores sombríos, é insultarlo porque ya no es."

¿Veremos tornar alguna vez los días de Efeso y de Kyrene? ¡Ay! el mundo moderno sucumbe bajo una invasión de fealdad. Las civilizaciones se remontan hacia el norte, entran en la bruma, en el frío, en el lodo. ¡Qué noche! Un pueblo vestido de negro transita en las calles infectas. ¿En qué piensa? Se ignora ya; pero nuestros veinticinco años se estremecen de estar desterrados entre viejos.

A lo menos, permítase á los que lamentarán por siempre no haber conocido la juventud embriagada de la tierra, á que llamamos vida antigua; séales permitido

renacer, por medio de una ilusión fecunda, en los tiempos en que la desnudez humana, forma la más perfecta que nos sea dable conocer y aun concebir, ya que á imagen de Dios la suponemos, podía aparecer bajo los contornos de una cortesana sagrada, ante los veinte mil peregrinos que cubrieron las playas de Eleusis; en que el amor más sensual, el divino amor de que nacimos, era sin mancha, sin bochorno y sin pecado; séales lícito olvidar dieciocho siglos bárbaros, hipócritas y deformes, remontar de la charca al manantial, regresar piadosamente á la belleza primitiva, reedificar el Gran Templo al son de las flautas encantadas y consagrar con entusiasmo en los altares de la verdadera fe sus corazones siempre arrebatados por la inmortal Afrodita.

PIERRE LOUYS

Visión

UNA tarde, en mi sendero
tuve un encuentro imprevisto,
me encontré con Jesucristo,
el divino Limosnero.

El Limosnero divino,
lleno de melancolía
parecía, y parecía
muy cansado del camino.

—¿A dónde vas, Señor? y:
—A París—me respondió.
—¿A París?... ¿A París? No,
Señor, no vayas ahí!

Mas Cristo desapareció.
Encontrándole después:
—¿Qué hallaste?—dije. Y él:—Les
perdono! Llegado apenas,
hallé muchas Magdalenas
y ungiéron todas mis piés.

El Budha de basalto sonreía...

AQUELLA tarde en la alameda, loca
de amor la dulce idolatrada mía,
me ofreció la eglantina de su boca.

Y el Budha de basalto sonreía....

Otro vino después y sus hechizos
me robó: dila cita y en la umbria
nos trocamos epistolas y rizos.

Y el Budha de basalto sonreía....

Hoy hace un año del amor perdido,
al sitio vuelvo, y como estoy rendido
tras largo caminar, trepo á lo alto
del zócalo en que el símbolo reposa;

derrotado y sangriento muere el día
y en los brazos del Budha de basalto
me sorprende la luna misteriosa.

Y el Budha de basalto sonrécia.....

AMADO NERVO

Un Caso de Divorcio

El abogado de la señora Chassel tiene la palabra y dice:

“Señor presidente:

Señores magistrados:

El pleito de cuya defensa estoy encargado, constituye más bien una cuestión médica que jurídica; es un caso patológico, más que un caso de derecho. Los hechos origen de esta causa aparecen claros al primer golpe de vista.

Un hombre joven, rico, de alma noble y exaltada y corazón generoso, se enamora de una joven extraordinariamente hermosa, más que hermosa, adorable, encantadora, graciosa, linda, buena, y se casa con ella.

Durante algún tiempo la conducta de este hombre para con su mujer fué la del esposo lleno de ternura y de cuidados; después su cariño va enfriándose hasta el punto de sentir hacia ella una repulsión indecible, un extraordinario desamor. Llegó á pegarle un día, no solamente sin razón sino sin pretexto.

No pienso, señores, pintaros el cuadro de esos procederés extraños, incomprensibles para todos. Tampoco he de esforzarme en describiros la triste vida de aquellos dos seres, ni la horrible tortura de la mujer. Para convenceros de la razón que á ésta asiste, bastará con que os lea algunos fragmentos del diario escrito por aquel desgraciado loco.

Helos aquí:

.....
¡Qué triste! ¡Qué monótono! ¡Qué ruín y qué odioso es todo! Soñé una tierra más bella, más noble, más variada.

¡Siempre bosques; ríos que se parecen á otros ríos, llanuras que se parecen á otras llanuras!... ¡Todo igual!... ¡Todo monótono!... ¡Y el hombre!... ¡Qué es el hombre? Un animal malo, orgulloso y repugnante...
.....

Preciso es amar, pero amar locamente, sin ver lo que se ama: porque ver es comprender y comprender es despreciar...
.....

¿He encontrado ese amor?... Creo que sí... Esa mujer tiene en toda su persona algo de ideal que no parece de este mundo y que da las alas á mi sueño.

Mi amada es rubia, con matices maravillosos en los cabellos... ¡Qué azules son sus ojos!... Sólo los ojos azules embargar mi alma... La mujer que existe en el fondo de mi corazón aparece en su mirada, sólo en su mirada... ¡Oh! ¡Qué misterio existe en los ojos? Todo el universo está en ellos, puesto que lo ven y lo reflejan. Sí... en los ojos se contiene el universo, las personas y las cosas, los bosques y los mares, los hombres y las bestias, las puestas del sol, las estrellas, las artes... Todo... Todo lo ven, todo lo recogen... Pero en los ojos aun hay más. Allí está el alma, el sér que quiere, el sér que ama, el sér que ríe, el sér que sufre... ¡Oh!... Contemplad los ojos azules de las mujeres... profundos como el mar, inundados de luz como el cielo, tan dulces como las brisas, como la música, como los besos, y tan transparentes, tan claros, que tras ellos se ve el alma, el alma azul que los colora, los anima y diviniza.

¡Sí! El alma tiene el color de los ojos... El alma azul, sólo el alma azul lleva dentro el ensueño... Ha tomado su color á las ondas del mar y al éter del espacio.

Los ojos, pensad en los ojos... Beben la vida aparente para nutrir con ella el pensamiento. Beben el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros... todo lo hermoso y todo lo ruín... Dé allí salen las ideas... Y si los ojos nos miran, nos producen una felicidad que no es terrena.

Nos hacen sentir lo que siempre ignoraremos... Nos hacen comprender que la realidad es una miseria despreciable.
.....

La amo también por su aire gentil, porque, como ha dicho el poeta:

—Hasta cuando el pájaro anda se adivinan sus alas.

También cuando ella anda parece de otra raza más superior que la de las mujeres ordinarias; más ligera y más divina...
.....

Mañana me caso con ella... Tengo miedo... ¡Miedo de qué... ¡De tantas cosas!

Ya es mi mujer. Mientras he deseado, idealmente fué para mí el poético ensueño, próximo á realizarse; después se ha convertido en el sér de que la Naturaleza se ha servido para truncar todas mis esperanzas.

¡Pero las ha truncado? No... Y sin embargo, estoy cansado de ella. Cansado hasta no poder tocarla ni con mi mano ni con mis labios, sin que mi corazón sienta un desagrado inexplicable...

¡No! No puedo ver á mi mujer venir hacia á mí llamándome con su mirada, con su sonrisa ó con sus brazos. Antes creía yo que un beso de aquella mujer me transportaría á los cielos... ¡Y qué desencanto sufrí un día, cuando estubo mala con una fiebre pasajera! Sentí en su aliento el soplo ligero, sutil, casi insensible de las podredumbres humanas...

¡Oh! ¡La carne! Estercolero seductor y viviente... ¡Putrefacción que se mueve, que anda, que piensa, que habla, que mira y que sonríe; donde los alimentos fermentan; sonrosada, linda, tentadora, engañadora como el alma!

Porque en realidad, sólo las flores huelen bien. Lo mismo las de vistosos colores que las pálidas, impresionan mi espíritu y turban mis ojos... ¡Son tan hermosas! ¡De estructura tan delicada! ¡Tan variadas y tan sensuales! Son más tentadoras que las mismas bocas, y hasta parecen tenerlas.

Ellas... ellas solas se reproducen en el mundo sin dejar huella que manche, y evaporando en torno el divino incienso de su amor, el sudor oloroso de sus caricias, la esencia de sus incomparables cuerpos, adornados de todas las gracias, de todas las elegancias, de todas las formas que tiene la coquetería, de todas las coloraciones y la seducción embriagadora de todos los aromas...

SEIS MESES DESPUÉS

...Amo las flores, no como flores, sino como seres vivientes, deliciosos. Paso

los días y las noches en el invernadero, donde las guardo como á las mujeres en el harén... Nadie, fuera de mí conoce la dulzura, el éxtasis sobrehumano de estas ternuras... Nadie conoce el sabor de estos besos sobre la carne roja, fina, blanca, delicada, rara, de estas flores.

Tengo estufas donde no penetra nadie más que yo y el encargado de cuidarlas: Entro allí como si entrase en un retiro de secretos placeres... Por la alta galería de cristales paso entre dos masas de corolas; unas cerradas, otras entreabiertas ó abiertas del todo y dispuestas en declive. Es el primer beso que me envían... Estas flores que adornan el vestíbulo de mis pasiones misteriosas, no son aun mis favoritas, sino mis sirvientes. Me saludan al paso con sus brillantes matices y sus frescas exhalaciones. Son lindas, coquetas, dispuestas en ocho filas á la derecha y ocho á la izquierda, formando dos jardines que vienen á morir á mis piés.

Al verlas, mi corazón palpita, mi mirada se ilumina, mi sangre se agita, mi alma se exalta y mis manos tiemblan con el deseo de tocarlas... En el fondo de aquella alta galería hay tres puertas cerradas... Puedo elegir el que más me plazca de aquellos tres harenes.

Generalmente entro donde están las orquídeas, mis adormideras preferidas. Proceden de los países arenosos, ardientes y malsanos. Atraen como sirenas, matan como veneno... Enervan. Son terribles. Semejan grandes mariposas con sus alas enormes, sus patas, sus ojos... Porque tienen ojos... Me miran, me ven... Aquellos seres prodigiosos, inverosímiles, hijos de la tierra sagrada, del aire impalpable, de la cálida luz, de esa madre del mundo... Sí... Tienen alas, y ojos, y matices que ningún pintor podría imitar... y todas las formas, todas las gracias, todos los encantos que se pueden soñar.

Los extraños dibujos de sus pequeños cuerpos sumergen el espíritu en el paraíso de las imágenes y voluptuosidades ideales... Tiemblan sobre sus tallos como si quisieran volar... ¿Volarán y vendrán hacia mí?... No es mi corazón el que vuela sobre ellas, como un místico torturado de amor?

Estamos solos ellas y yo en la clara prisión que las he construido. Las miro, las contemplo y las adoro una por una.

¡Cuánto las amo! El borde de su cáliz está rizado, más pálido que su garganta, y la corola oculta en él como misteriosa boca atractiva, azucarada, mostrando y desenvolviendo los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturas, que sienten y no hablan... He experimentado por algunas de ellas una pasión tan fugaz como su existencia: de algunos días, de algunas noches.

Cojo á la preferida, la saco de la galería, la encierro en una estufita de vidrio, en donde en un hilo de agua corre por un lecho de césped tropical traído de las islas del Pacífico. Y allí, junto á ella, me quedo febril, ardiente, atormentado por la idea de su próxima muerte, contemplando como se marchita mientras la poseo, aspiro y bebo su corta vida con una suprema caricia.

Después de terminar la lectura de estos fragmentos, añadió el abogado:

—La decencia, señores, me impide continuar la lectura de las singulares confesiones de este hombre, vergonzosamente idealista. Los fragmentos que acabo de someter á vuestra consideración creo que serán suficientes para apreciar este caso de enfermedad mental, menos raro de lo que pudiera creerse en la época que atravesamos, de histerismo y de decadencia.

En mi opinión, pues, á mi representada le asiste perfecto derecho para reclamar el divorcio, dada la excepcional situación en que la ha colocado la perturbación sin ejemplo de los sentidos de su esposo.

GUY DE MAUPASSANT

Amor

En la faz del marqués no se advertía, ni en su voz cadenciosa y reposada, que un gran dolor su corazón mordía. Era noble y tranquila su mirada, su actitud no era humilde ni altanera, sencillo era su porte y esmerado,

y llevaba la rubia/cabellera echada atrás con femenil cuidado. Ocultando el enojo reprimido que impulsaba su altivo pensamiento, frente al rey, que escuchaba distraído, dijo el marqués con reposado acento: —Tan sólo vuestra gran sabiduría dar pudiera, señor, tan buen gobierno; ¿qué mortal, sino vos, inspiraría tanta honrada labor en vuestro reino? Vuestro gran corazón ha iluminado con firme claridad vuestra prudencia; y en la austera virtud encastillado no turba la maldad vuestra conciencia. De ánimo duro, como fino acero, ¿quién joya más valiosa ha conquistado? Y siendo como vos, puro y austero, ¿qué reyes más virtud han alcanzado? Proseguid, Majestad, por esa senda; no dejéis que el demonio traicionero con sus dulces halagos os sorprenda, y torzáis vuestro juicio justiciero."

Calló el marqués. Mas, dura la mirada, sacudiendo la altiva cabellera, y la mano en el pomo de la espada, prosiguió con ardor de esta manera: —No obstante vuestra altura prodigiosa, á vuestra honra tal vez no convendría una acción que, liviana y bochornosa, al reino por entero indignaría. Vuestro alcázar esconde una cautiva; por muros y por sables resguardada mantéis, Majestad, como enemiga, una cándida niña, secuestrada. Por su santa virtud ofrecería entera mi fortuna, y mi cabeza; mi propio corazón arrancaría si fuera mancillada su pureza. Ella encendió en mi corazón ardiente de un vivo amor la poderosa llama; por eso alzo mi voz triste y doliente; mi corazón vuestra piedad reclama. Muy pronto ha de extinguirse mi existencia si no me oye vuestra alma compasiva; que amengüe su rigor vuestra sentencia; devolvedme, señor, esa cautiva." —Comprendo, dijo el rey, que os enloquezca la gracia de esa niña encantadora, y que vuestra alma ese dolor padezca, mi corazón vuestro dolor deplora. Mas, si mi condición de soberano otórgame el derecho de su vida, ¿qué de odioso tendría que mi mano la tuviese en mi alcázar detenida?" —Fues vuestra condición de soberano á vuestra alma un deber tiene prescrito nunca manchar vuestra gloriosa mano con el légamo infecto del delito. El rey cuya conducta es decorosa no ejecuta una acción que es reprochable; é infamar una niña pudorosa, no es, señor, una acción recomendable. Vencido he de salir en la porfía y mi noble pasión será burlada; mas siendo de vuestra alta jerarquía mi espada buscaría vuestra espada

—Al punto refrenad vuestra insolencia
y al ardor de tan necia algarabía;
tan sólo ejecutarse mi sentencia
vuestra ruda altivez conseguiría.»
—No obstante que mi ruego os ha ofendido
y os causan mis palabras impaciencia,
debe estar vuestro pecho conolido.
Más os amo, señor, que á mi existencia;
si el cielo compasivo me otorgara
que en defensa del Trono la perdiera,
y cien veces la vida recobrara,
otras tantas, señor, os la ofreciera.
Pero es digna mi voz y es decórosa,
pues mi nombre llevar no mereciera
si ante ofensa tan cruda y dolorosa
sin protesta mi frente sometiera.
—Noble marqués! Jamás varón nacido
estuvo como vos encadenado;
pero amo vuestro pecho dolorido,
vuestra ruda altivez me ha subyugado.
Descendís de muy leales caballeros;
recorre vuestras venas ardorosas
pura sangre de indómitos guerreros
que empuñaron espadas victoriosas.
Que olvide vuestro espíritu discreto
este desiluz que mi virtud deplora;
vuestra noble pasión ahora respeto,
llevaos vuestra prenda tentadora ...

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA

Brotés verdes

RAS la última semana de frialdad,
y las tibias lluvias de abril han hincha-
do los botones, han reblandecido las albu-
ras y han excitado la vejetación.

En la estación en que los niños cortan
tallos de sauce y los peñan á filo de cu-
chillo, para desprenderles la corteza hú-
meda de savia y fabricarse rústicos silba-
tos.

Es cada nudo de las ramas asoman tier-
nos ramilletes aun plegados, que ponen en
los tallos como una ligera nébula de ver-
dura. Su forma y su matiz permiten ape-
nas reconocer á qué esencia de árboles
pertenezerán.

Bajo las escamas relucientes las hojas
del castaño desrizan sus anchos limbos
felpados: las de los tilos remedan pince-
lillos que punzan los tallos carmesíes; y
los avellanos despliegan las suyas redon-
deadas. Los glaucos retoños del manza-
no ostentan en el centro de su eclosión,
los bermejos botones de las futuras flores-
cencias cuando apenas los cerezos no se-
ñalan en sus expansiones sino ficción de
blancos bouquets de desposadas.

Mientras bulle abajo copia de adoles-
centes plantas, que brota la tierra negra
y húmeda.—caracoles de lises, collarines
de aspéculas, haces de tulipanes y narcis-
sos.

Un cálido soplo de primavera pasa so-
bre el dorso de la tierra, y parece que se
oye el murmurio de la savia que sube has-
ta el cimal de los retoños.

De todo ese escogimiento, de todos los
botones estallados, se exhala un fresco
olor, enervante como el de los prados en
la siega.

Esta aparición de los jóvenes follajes,
delicados y blandos al salir de los estu-
ches recamados que los guardan, tienen
no sé qué castidad voluptuosa. Da á los
corazones ateridos por el invierno, la im-
presión vivificante que reciben los ancia-
nos cuando miran desfilan, á la vera de
los bosques, una bandada de vírgenes, tí-
midas y orgullosas á la vez de su fresco
verdor de los diez y ocho años.

La eclosión de las flores niveosas, mez-
cladas á los tallos retoñados, respira un
encanto turbador y misterioso, semejante
al que dejan á su paso núbiles doncellas
que conservan todavía las timideces de la
adolescencia. Como ellas, las flores na-
cientes tienen la gracia inconsciente, el
aroma espontáneo, las audacias ingénuas.
El roce acariciador de los follajes en
retoño, blondos y muelles, tienen la sua-
vidad tierna de un beso virginal y trémulo.

Sumergiéndose á través de las verdu-
ras que resurgen, aspirando los olores del
abril, los jóvenes oyen resonar los cánti-
cos del amor naciente, y los hombres ya
maduros piensan en las primaveras des-
vanecidas y caminan melancólicos á tra-
vés de los claros del bosque, murmurando:

—Florestas siempre vivientes! Por una
hora siquiera dadme mi juventud!

ANDRÉS THEURIET

Medrigal para unas manos


¿Tú sabes que naciste en una aurora,
mas no sabes la historia de tus manos;
es una breve historia encantadora
que á mí me contaron los guomos-enanos.

El hada más viejecita,
el hada buena, proscrita
del país del Gran Sueño;
la del pelo de plata,
la que hizo por verte
una gran caminata
sin temer á la muerte,
la que hiló en su rueca un ensueño,
el hada viejecita, de la rueca,
arrancó dos giros de aurora
cuando al beso del sol se colora,
pidió al agua sus blancas espumas,
á las nieves blancuras triunfales,
á los valles dos lirios reales
y á una blanca paloma dos plumas.

El hada viejecita, la viejecita seca,
el hada viejecita... Y en la rueca
puso auroras, y lirios y espumas,
castas nieves, las dos blancas plumas;
y la viejecita seca
se puso á hilar en la rueca.

Y en el huso—marfil y oro
y á un conjuro omnipotente,
se formaron lentamente
las dos flores de tus manos que yo adoro:

ANGEL ZARRAGA

Baile de Salomé

Herodes.—Salomé, Salomé, bailad en obsequio mío, os lo pido como gran merced. Esta noche estoy triste. Sí, muy triste. Al entrar aquí he resbalado en sangre, lo que es de mal agüero, y he sentido el rumor de unas alas gigantescas... No puedo comprender la significación de ambos hechos... Gran tristeza me domina hoy. Bailad un poco, Salomé; os lo pido por favor. Si lo hacéis, os daré luego lo que apetecáis. ¡Oh bailad, Salomé! Complacéme en ello y alcanzaréis de mí lo que queráis, aunque sea la mitad de mi reino.

Salomé.—(Irguiéndose.) ¡Me concederéis lo que os pida, Tetrarca?

Herodías.—No bailéis, hija mía.

Herodes.—Todo, aunque sea la mitad de mi reino.

Salomé.—¿Lo juráis?

Herodes.—Lo juro, Salomé.

Herodías.—No bailéis, hija mía.

Salomé.—¿Cómo lo juráis, Tetrarca?

Herodes.—Por mi vida, por mi corona y por mis dioses. Si me dáis gusto en lo que os pido, obtendréis todo lo que queráis, aunque sea la mitad de mi reino.

¡Oh, Salomé, Salomé, bailad, bailad por favor!

Salomé.—¿Mantenéis vuestro juramento, Tetrarca?

Herodes.—Sí, querida Salomé.

Salomé.—¿Me daréis cuanto os pida, aunque sea la mitad de vuestro reino?

Herodías.—No bailéis, hija mía, no bailéis.

Herodes.—Aunque sea la mitad de mi reino... Te lo daré si lo pides. ¡Oh, cómo realzarían tu belleza, Salomé, las galas suntuosas de una reina! Estarías suavemente hermosa... ¿Verdad que lo estaría? Pero qué frío hace aquí...; corre un aire sutil y helado que... ¡Ah, otra vez vuelvo á oír! ¡Por qué me persigue de tal modo ese continuo y agitado rumor de alas? Diríase que una ave negra y monstruosa se cierne sobre la terraza con formidable aleteo... ¿Pero cómo es que no puedo verla? El batir de sus alas sueña en mi oído como eco de un ruido siniestro, y el aire agitado rudamente por ellas tórnase frío, muy frío. Mas no, no es frío; ahora es ardoroso de tal modo que parece ahogarme.

¡Oh, me falta el aliento! Rocíad con agua mis manos; dadme nieve para absorberla. Desabrochad mi manto á prisa, á prisa. Mas no; dejadlo. Mi corona es la que me lastima, mi corona de rosas.

Parece como si sus flores se hayan tornado en flores de fuego, que incendian y abrasan mi frente. (Arranca de su cabeza la corona y la tira al suelo.) ¡Al fin puedo respirar!... ¡Qué encarnados son esos pétalos! Diríase que eran manchas de sangre esparcidas por el mantel. Pero dejémoslos de buscar símbolos en las cosas, porque ello amarga constantemente la vida. ¿No sería mejor decir que las manchas de sangre son tan bellas como las rosas? Sí; mejor sería compararlas á los pétalos de la flor... Mejor sería... Pero dejémos ahora eso. En este instante soy dichoso, muy dichoso. ¿No es verdad que tengo fundados motivos para considerarme feliz? Vuestra hija accede á bailar en mi obsequio. ¿Verdad que lo haréis, Salomé? Me lo habéis prometido.

Herodías.—No quiero que baile.

Salomé.—Bailaré en vuestro obsequio, Tetrarca.

Herodes.—Ya oís lo que dice vuestra hija; bailaré en mi obsequio. Bien hacéis, Salomé, en complacerme. Terminada la danza, no os olvidéis de pedir la recon-pensa que se os antoje. Os daré cuanto queráis, aunque sea la mitad de mi reino. Lo he jurado. ¿No es verdad?

Salomé.—Cierto es que jurastéis.

Herodes.—Nunca he hecho traición á mi palabra; nunca. No soy de los que faltan á ella. No sé mentir. Mi palabra es la de un rey. El de Capadocia miente siempre, y por ello no es digno de ser rey. Es un cobarde. Además de no querer devolverme el dinero que me debe, ha llegado á insultar á mis embajadores con palabras soeces y mortificantes. Pero muerte ignominiosa le apercibe César para cuando vaya á Roma. Sí; cierto estoy de que César lo crucificará. De lo contrario, moriría también comido por los gusanos. El profeta lo ha dicho... Y bien; ¿qué aguardáis Salomé?

Salomé.—Espero que mis esclavos ven-gan con los perfumes y traigan los siete velos; luego me quitaré las sandalias. *(Los esclavos traen lo pedido por Salomé y quítanle las sandalias.)*

Herodes.—¡Ah! ¿Queréis bailar con los pies descalzos? Mejor, mejor. Pare-cen vuestros piecitos dos candidas palomas ó florecillas blancas que se mecen en la copa de un árbol. ¿Pero qué! ¿Vais á bailar en la sangre? El suelo está man-chado de sangre. No quiero que bailéis en la sangre; sería de mal agüero.

Herodías.—¿Qué os importa, Tetrarca?

Herodes.—¿Qué me importa? ¡Ah! Mira-d la luna; se ha puesto roja como la sangre, siguiendo la predicción del profe-ta. Dijo que la luna se tornaría del co-lor de la sangre. ¿Verdad que lo dijo? Todo lo habéis oído. La luna está roja como la sangre. ¿No lo veis?

Herodías.—*(Irbónica.)* Muy bien lo veo; así como caen las estrellas como higos maduros, ¿no es así? El sol se oscurece y tiemblan los reyes de la tierra. En ver-dad que todo ocurre como él dijo. Al fin el profeta ha acertado una vez. Se ame-drentan los reyes de la tierra... Vaya, vol-vamos adentro. Estáis enfermo. Se di-rá en Roma que os habéis vuelto loco; os digo que entremos.

La voz de Yo'kanaán.—¿Quién viene de Edon y de Borra vestido con ropas del color de la púrpura y andando con pasos de altiva majestad? ¿Por qué vuestros vestidos son de escarlata?

Herodías.—Vámonos de aquí. La voz de ese hombre me irrita. No quiero que mi hija dance mientras grite él de ese modo. Que tampoco baile, si seguís mirán-dola cual lo hacéis. En fin, le prohibo que baile. *(Se levanta como para irse.)*

Herodes.—No te levantes, esposa y rei-na mía, que es en vano. No me iré de aquí hasta que haya bailado tu hija. Sa-lomé, dad principio al baile.

Herodías.—No bailéis, hija mía.

Salomé.—Estoy pronta, Tetrarca. *(Sa-lomé baila la danza de los Siete Velos.)*

Herodes.—*(Cuando Salomé concluye de bailar.)* Ya veis cómo ha querido com-placerme vuestra hija. Acércate, Salomé; acércate para recibir el premio ofrecido. Recompensó con largueza á las bailado-ras; pero á tí te haré mejor presente que á otra alguna. Pide cuanto quieras y te será otorgado.

Salomé.—*(Arrodillándose ante Hero-des.)* Quiero que al punto se me traiga una bandeja de plata...

Herodes.—*(Riéndose.)* ¿En una ban-deja de plata? ¿Verdad que es encanta-dora? ¿Y qué queréis que se os traiga en una fuente de plata, mi querida y bella Salomé, vos que sois la más hermosa en-tre las doncellas de Judea? ¿Qué queréis que se os traiga en una fuente de plata? Decidlo. ¿Qué es lo que queréis, Sa-lomé?

Salomé.—*(Levantándose.)* La cabeza de Yo'kanaán.

OSCAR WILDE

De Çanagre

Dulce hermana religiosa
que transitas por la acera;
las mejillas como rosa
blanca, y las manos de cera
religiosa, dulce herman,
que paseas la mañana
buscando alimento al pobre;
y recibes mansa y leda,
ya la dorada moneda
ó ya la pieza de cobre,

al ver tu figura magra,
y tu palidez de luna,
me parece mirar una
estatuilla de Tanagra.

RUFINO BLANCO FOMBONA

Cartas

de Jorge Sand á Alfredo de Musset

.....Lo que me hace mal es la idea de que tú no cuides de tu pobre salud. Oh, te lo ruego de rodillas: nada de vino todavía; nada de muchachas. Es muy temprano. Piensa en tu cuerpo que tiene menos fuerza que tu alma y que yo he visto muriéndose en mis brazos.

No, no, querido mío, estas cartas no son el último apretón de manos de la amante que te deja; sino el abrazo del hermano que te queda.

Me dices que el aire de la primavera y el olor de las lilas entra en tu cuarto por ráfagas y hace henchir tu corazón de amor y de juventud. Este es un signo de salud y de fuerza, ciertamente el más dulce que la naturaleza nos da. Ama, pues, mi Alfredo; ama á una mujer joven, bella y que no haya todavía amado; que no haya sufrido todavía. Cuidala y no la hagas sufrir. El corazón de una mujer es cosa muy delicada, cuando no es un témpano ó una piedra.

¿Con qué derecho me interrogas sobre Venecia? ¿Era yo tuya en Venecia? Desde el primer día, cuando me viste mala, ¡no expresaste que era bien triste, bien tedioso, una mujer enferma? ¿Y no es desde el primer día que data nuestra ruptura? Hijo mío, yo no quiero recriminarte; pero es necerario que te acuerdes de las cosas. Tú olvidas fácilmente los hechos. Nada quiero decir de tus sinrazones; jamás he dicho ni siquiera esta palabra; jamás me he quejado de haber sido arrancada á mis hijos, á mis amigos, á mi trabajo; á mis afecciones y mis deberes, para ser conducida á trescientas leguas y abandonada con palabras tan ofensivas y tan dolorosas, sin otro moti-

vo que unas tercianas. Así quedé, con ojos abatidos y en la tristeza profunda donde me arrojaba tu indiferencia. Jamás me he quejado; te he ocultado mis lágrimas. Estas palabras espantosas han sido pronunciadas por tí, cierto día que no olvidaré nunca, en el casino Danieli: "Jorge, yo me había engafiado, te pido perdón, pero *yo no te amo.*"

....La puerta de nuestras habitaciones fué cerrada entre nosotros. Ensayamos allá hacer nuestra vida de buenos camaradas, como otras veces aquí; pero esto no era posible.

JORGE SAND

En la danza....

PASASTE entre la gloria de la danza
Frente á los ojos tristes del poeta,
Frente al pálido y torvo anacoreta
Que en tí cifra su sérvida esperanza.

Al influjo gemial de la romanza
Que aguzá mi dolor y lo interpreta,
Sentí de nuevo la emoción secreta
De mis horas de amor y de esperanza.

Fuerte en tu juventud y tu hermosura,
Eriges con espléndido atavío
El mármol de tu sólida escultura;

Y pasas, mientras mi alma se contrasta,
Reflejando tu regio poderío
En los lánguidos ojos del artista.

AGUSTO C. COELLO

A una locomotora en invierno

Tú, mi canto—Tú entre el torbellino de la tempestad tal como te veo ahora, bajo la nieve, en el declinante día invernal.—En tu panoplia, con tu doble pulso rítmico y tu golpe convulsivo,—Tu negro cuerpo cilíndrico, áureos cobres y aceros argentinos,—Con tus ponderosas bielas, paralelas y unidas á tus flancos donde sin cesar se agitan,—Tu voz métrica que se hincha ya jadeante y rugidora, ya palpitante á distancia,—El gran fuego que proyectas fijado sobre tu frente,—Tu larga, pálida y suelta cabellera de vapor, teñida de púrpura delicada,—Las densas y oscuras nubes que vomitan tus ahumadas fauces,—Tu osamenta

nudosa, tus resortes y tus válvulas, el tremendo centelleo de sus ruedas.—Con tu séquito de carros obedientes, y que te siguen alegres.—Entre la calma ó el trueno, pero siempre dirigida á tu paraje;—Tipo de lo moderno—emblema de poder y movimiento—pulso del continente.—Ven á servir á la Musa, esta vez, y sumérgete en el verso, tal como ahora te veo.—Con tormentas, y con ráfagas de viento que golpean, y con caídas de nieve.—Con tu campana que de día cautelosa lanza sus notas sonoras.—Con tu lámpara nocturna que silenciosa te señala, balanceándose.

Bella de feroz garganta!—Rueda en mi canto tu música desenfrenada y las luces de tus lámparas, que se mueven en la noche.—Tu risa silbante y loca, y sus ecos, cuyo crujido semeja un lejano terremoto que todo lo desmorona.—En tí misma está tu ley, tu propia huella celebras.—(No hay en tí empalagosas bondades, ni arpa llena de lágrimas, ni acordes de piano).—Los gritos de tu pecho que repercuten en colinas y rocas—Se lanzan sobre la inmensidad de las praderas, á través de los lagos.—Hacia los libres cielos, indómitos, y alegres, y fuertes.

WALT WHITMAN

El jardín gris

JARDÍN sin jardinero,
viejo jardín,
viejo jardín sin alma,
jardín muerto. Tus árboles
no agita el viento. En el estanque el agua
yace podrida. ¡Ni una onda! El pájaro
no se posa en tus ramas.
La verdinegra sombra
de tus hiedras, contrasta
con la triste blancura
de tus veredas áridas....
Jardín, jardín, ¿qué tienes?
Llegando á tí se muere la mirada!
Cementerio sin tumbas...
Ni una voz, ni recuerdos, ni esperanza,
jardín sin jardinero,
viejo jardín,
viejo jardín sin alma.

MANUEL MACHADO

La danza del oso

¡A más recóndita entre las raíces de mi corazón es una profunda raíz de simpatía por *Maese Bruno*, el buen cazador de colmenas.

Siempre sentí vivir en mí esta raicilla, en la parte inferior del corazón más bien á la izquierda que á la derecha, mucho antes de comprender cómo de ella arrancaban mis sentimientos poéticos y mis ideas evolucionistas.

Se comprende que habiéndome dejado llevar tantos años de esta inclinación, me sea imposible todavía oír que danza un oso por la ciudad sin correr al punto á mezclarme en medio de la calle con muchos filósofos y poetas que no estiman tal espectáculo indigno de abandonar por él, casa, familia.....en suma, las atenciones todas de la vida.

Esto es natural; no lo es tanto que mi destino, para alimentar mi simpatía y llevarme por ella á una iluminación interior de que hablaré en seguida, haya puesto en mis manos de cuando en cuando algunos libros de poetas en los que la bondadosa y potente figura del gran plantigrado se mostraba á mis ojos con su magnética y triste mirada.

Mostróseme primero en la amplitud épica y serena de Goethe, el oso verdadero, el simplicísimo *Blaun*, burlado cruelmente por *Reineke el Zorro*, cuando destrozadas las orejas, el hocico y las uñas de sus garras en la hendidura de un tronco de árbol, acosado de villanos compañeros, ciego por el dolor, corre alocado, se arroja al río y todos se arrojan á pescarle. Más tarde, enfrascado con delicia en la selva mágica de los cantos de Heine, hallé entre los abetos á *Atta Troll*, el oso romántico, y á *Franz Mulme*, su venerable esposa. *Atta Troll* me fascinó y me perturbó juntamente. En nada se parece á *Blaun*; es una bestia sobrenatural, una idea de poeta hecha oso; hay en él algo de humano. *Atta Troll* habla en verso, lo que prueba que no es del todo un ser racional, aunque pudiera llegar á serlo; en suma: este animal poético inspiróme una vaga sospecha de relación posible entre el hombre y el oso.

En los días mejores de mi juventud hice amistad con uno de los más exquisitos y delicados artistas de Francia, con Merimée, y él me presentó el oso místico (*Lochis*), el oso de pasiones suprahumanas, que ambiciona confundirse con la especie humana. *Lochis* sorprende en la espesura de su selva á una condesa cazadora, á escape la arrebatada, y, menos bestia que *Atta Troll*, se guarda de hablarla en verso; la hermosa señora torna después á su castillo: no lleva un sólo arañazo, pero ha perdido la razón, y da á luz un ser ambiguo, hermoso é inteligente, de instintos sanguinarios, pero de la sangre más juvenil, más pura, más dulce. Se casa, y la noche de bodas, en un acceso de furor, destroza á mordiscos la carne de su fresca esposa. La emperatriz Eugenia y sus damas no entendieron este relato enigmático cuando Merimée se los leía; por mi parte me pareció siempre injusto con los osos; pero la idea de afinidad entre las dos especies labraba ocultamente en mi ánimo. Pocos años hace me dí á estudiar los orígenes de las especies animales inferiores, y me convencí que todas proceden poco á poco de un común origen y que el hombre mismo, el último en aparecer, es carne de su carne; persuádmeme de nuestro parentesco con todas ellas, y hallé en el corazón humano, vestigios de toda la bestialidad existente en la tierra, en las aguas y en el aire. Aun no había pensado en estudiar las afinidades morales del oso con el hombre, cuando conocí las obras de Ibsen. Ibsen, en sus originales dramas, es autor que me agrada, aunque no lo admiro; pero la obra suya preferida por mí es una poesía en que revela el arte pedagógico de los domadores de osos, el método sorprendente de enseñar la danza á *Maese Bruno*. Se coge (dice Ibsen en su inspirada poesía) una caldera grande, se coloca boca abajo cubriendo un gran fuego; en seguida se hace subir al oso sobre ella y se le encadena tan corto que de ningún modo pueda bajar; al mismo tiempo se toca en un organillo una pieza cualquiera; cuando la pieza se concluye se repite una y otra vez, mientras la caldera se calienta; el oso, inquieto, levanta una pata, la baja, levanta otra, después la tercera y al fin la cuarta; la

caldera quema, el oso brinca y baila, y el organillo sigue tocando; cuando se hace bajar al oso de la caldera, su educación ha terminado y el organillo calla; durante toda su vida no oírás tocar una sola vez aquella pieza sin ponerse á bailar inmediatamente; sería inútil explicarle que tiene las patas sobre las piedras de la calle, ó sobre la hierba, ó acaso sobre la nieve; mientras oiga aquella música el oso bailará siempre.

Esta poesía iluminó mi alma con maravillosa luz; ví la prueba indudable de una afinidad oculta entre el oso y el hombre, y descubrí el secreto de la conducta, de otro modo incomprendible, de muchas personas. Sucede, en efecto, á mucha gente y de la más distinguida, que se turba y se agita al sonido de ciertas palabras indiferentes sin que pueda comprender la razón. Si admitimos que existe en la humanidad una mezcla de oso, nos explicaremos que el recuerdo de algún disgusto, de algún odio, de algún dolor relacionado con esa palabra, el recuerdo, en fin, de alguna caldera candente, les obliga á bailar.

En una ocasión daba yo una conferencia en Nápoles sobre el origen del hombre, y sólo al oír nombrar á *Darwin* y al mono, algunos osos á quienes seguramente había atemorizado el nombre del darwinismo materialista comenzaron á bailar en la sala. Repetí en Milán la misma conferencia, y sólo al oírme nombrar la Biblia y la Iglesia, otros osos, que tenían la memoria llena de tiranías antiguas, de autos de fe y excomuniones, bailaron también furiosamente. Los osos que bailan al nombre de la ciencia como los osos que bailan al nombre de la religión, son los más comunes y se hallan á cada paso; es locura pretender aquietarlos y pedirles que escuchen y razonen: se acuerdan de su caldera y bailan.

Existe otra gran cantidad de osos que no pueden oír ciertos nombres sin ponerse á bailar, por el recuerdo de alguna antigua quemadura; conocí á un literato que, habiéndose asustado en su juventud de no sé cuál metáfora estrambótica de Víctor Hugo, no quiso volver á leer ni una línea más del gran poeta, y si oía su

nombre, bailaba. Otros muchos padecieron en los bancos del colegio con Horacio y Ovidio, y basta hablarles de estudios clásicos para que empiecen á bailar. Para terminar, á cuantos observen el espíritu humano les aconsejo que enciendan su luz en este fuego ofrecido por Ibsen, y con ella recorran el mundo. No vacilo en afirmar que la mayor parte de las opiniones y de los sentimientos humanos tienen más fundamento en la caldera que en la razón: injusto será el que culpe al hombre: la culpa es de la bestia.

ANTONIO FOGAZZARO

¡Sus dos meses

DE SOLTERA

EN los tallados frascos guardados los olores de las esencias diáfanas, dignas de alguna huri; un vaso raro y frágil de expiran unas flores, el iris de un diamante, la sangre de un rubí, cuyas facetas tiemblan con vivos resplandores entre el lujoso estuche de seda carmesí, y frente del espejo la epístola de amores que, al irse para el baile, dejó olvidada allí.

DE CASADA

Un biberón que guarda, mezcladas, dos terceras partes de leche hervida, y una agua de cal; la vela que reclama las despabladeras desde la palmatoria verdosa de metal; en rotulado frasco, cerca de las tijeras, doscientos gramos de una loción medicinal, un libro de oraciones, dos cucharas dulceras, un reverbero viejo y un chupo y un puñal.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Shakespeare y Racine

El drama moderno debe su origen á dos clases de producciones: la una natural, particular de nuestro desenvolvimiento histórico, el Romance; la otra extranjera, ingerta en nuestro desenvolvimiento por un esfuerzo de imitación, el *drama griego* concebido según las reglas mal comprendidas de Aristóteles.

En el Romance se encuentra la médula, por decirlo así, de nuestra poesía; en su esfuerzo por hacer esta médula tan delicada como fuese posible, nuestros poetas se han visto obligados á imitar, quien más, quien menos, el drama griego.

En las obras de Shakespeare encontramos la supremacía del drama nacido directamente del Romance; á la mayor distancia de este drama encontraremos su antítesis absoluta en la *Tragedia* de Racine.

Entre estos dos extremos andan errantes de aquí para allá, indecisas é incoloras, las demás obras de nuestra literatura dramática. Para estudiar de un modo preciso el carácter de esta indecisión, de este espíritu flotante, nos es necesario considerar desde un poco más cerca el origen natural de nuestro drama.

RICARDO WAGNER

Impresiones de estética

XVII

El alma compleja de la poesía moderna no puede ser comprendida sino por altos y refinados espíritus. El arte se sutiliza á medida que aumenta la cultura social; pero esa sutilidad en las ideas y en las sensaciones se escapa á todo aquel que no haya ahondado en el análisis estético. De aquí que la inmensa mayoría analfabeta, y aun las minorías inteligentes, sean refractarias á las nobles expresiones rimadas. En verdad que el arte—sólo puede ser expresado, sentido y gozado por un escaso número de almas singulares y selectas.

Todo hombre de talento puede comprender, en la primera lectura, un libro de estética. Lo comprende en conjunto; pero, de seguro, no gozará de la hermosura que encierra cada uno de sus detalles. Se necesita una larga preparación, una iniciación lenta y fecunda en el raro culto del estilo, para conocer el significado psicológico de algunos vocablos y para percibir la magia de ciertas rimas. El lector no podrá deleitarse con el subjetivo encanto de las imágenes que se suceden ante sus ojos, si su propia imaginación no le ayuda á revestirlas fastuosamente con un ropaje de encendidas pedrerías.

Se ha dicho que en materia de ideas casi todo es viejo; pero el estilo es peculiar á la personalidad intelectual. Deber de

todo artista es procurar que sus pensamientos sean originales, hasta donde ésto es posible; pero mayor deber tiene de cubrirlos con trajes únicos y bellos, en los que no debe advertirse el más leve pliegue hecho por una mano extraña.

Eso, ante todo: que la forma en la frase sea personal, y en el verso única, propia, de sello inconfundible, sin un tenue soplo de ajenas inspiraciones.

La originalidad en el estilo es la primordial virtud del artista. A ella deberá tender desde el instante en que se inicia en su carrera de laureles y de espinas. Aprisionar la frase rebelde en el molde de sus íntimas sensaciones; decir las cosas con su manera especial; reflejar en las palabras, enlazadas peculiarmente, su carácter y su espíritu y su propio temperamento: hé aquí el hondo problema.

Quien posea verdadera fuerza creadora y verdadera idiosincracia estética, lo resuelve satisfactoriamente. Y alcanzado ese triunfo, su nombre vibrará en los oídos de muchas generaciones, y aun puede llegar á prolongarse, indefinidamente, en la conciencia de los siglos.

FRUILLÁN TURCIOS

NOTAS

Revista Nueva.

Esta importante publicación hondureña nos visita con regularidad.

Su personal de redacción es de lo mejor en la materia, en Tegucigalpa, y los selectos artículos que reproduce no pueden ser mejor escogidos.

Revista Nueva es un magnífico periódico que honra á su Director y á la patria del General Bonilla.

Estrella del Salvador.

Un párrafo.

¿Por qué quería Platón que los poetas fueran expulsados de la República? Yo creo que los poetas pueden servir para algo más que para adornar la vida, y que un verdadero político, mientras más práctico y positivista sea, debe leer los versos que se escriban en su país si quiere penetrar la conciencia de su época: en las entrañas del verso late á menudo el más profundo instinto de una raza. Los verdaderos poetas suelen ser, sin quererlo á veces, los mejores representantes de la sensibilidad de un pueblo; finos instrumentos que señalan á su modo las variaciones de la atmósfera espiritual, y á las cuales debe atender con frecuencia el que aspira á ser conductor de pueblos.

PEDRO EMILIO COLL

Del trópico.

Los sonetos que hemos publicado con este título, fueron reproducidos por *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán, México.

Flores cerebrales

—La Iglesia es el hospital de las almas.
—*Joris Karl Huysmans.*

—Los diplomáticos sacan más partido de escuchar que de hablar, aun cuando hablen bien.—*Gabriel Hanotaux.*

—Los avaros, en suma, se privan de todo para los otros: son altruistas sin sentirlo.—*Reveillere.*

—El escritor que lanza sus ideas á la publicidad procede como el agricultor que esparce el grano, para que fructifique según el terreno en que cae.—*Eduardo Rod.*

—Es la expresión de la bondad en los ojos una belleza que transfigura aun los rostros más feos.—*Jules Lemaitre.*

—La indulgencia es uno de los aspectos de la sabiduría.—*H. de la Pommeray.*

—¿Qué podemos desear mejor si no un bello sueño seguido de una bella muerte?
—*V. Cherbuliez.*

—Si un pensamiento de tres líneas no merece que se le dedique un capítulo, no vale nada.—*Reveillere.*

Tolstoy.

El conde León Tolstoy trabaja en la actualidad en un libro sobre la vida del campesino ruso. La salud del viejo Tolstoy es ahora admirable.

Pintura.

—Se ha celebrado en Melbourne una exposición de arte japonés, en la cual se han presentado obras dignas de llamar la atención. Entre ellas ha sido la más admirada por su ejecución maravillosa, considerándola como obra de verdadero valor artístico, un marfil de pocos centímetros de altura, que representa un saco de grano invadido por los ratones. Véanse reflejados en esta obra admirable las poderosas condiciones del moderno arte japonés.

—El célebre pintor noruego Deriks, ha expuesto en su taller de París cincuenta cuadros, hermosos paisajes de Bretaña y Escandinavia.

—Adolfo von Menzel, artista de fama universal, ha expuesto en Londres, en la *French Gallery*, una colección de sesenta cuadros.

—En el poderoso desarrollo que de día en día adquiere la pintura norteamericana, y especialmente en su escuela de paisaje, adquiere singular relieve el joven pintor paisajista Groll.

—Ha muerto el pintor James Mac Neil Whistler, una de las personalidades más salientes del arte contemporáneo.